

# *Anales de Antropología*

*Volumen 34*

---

**2000**



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ANTROPOLÓGICAS  
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

*Anales de Antropología*  
FUNDADOR JUAN COMAS

CONSEJO EDITORIAL

*Roger Bartra*, Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM

*Pedro Carrasco*, State University of New York at Stony Brook

*Luis Fernando Lara*, El Colegio de México

*Gabriel W. Lasker*, Wayne State University

*Norman McQuown*, Departamento de Antropología, Universidad de Chicago

*Fabio Salamanca*, Instituto Mexicano del Seguro Social

*Iraida Vargas*, Universidad Central de Caracas, Venezuela

EDITORES ASOCIADOS

*Santiago Genovés*, Instituto de Investigaciones Antropológicas-UNAM

*Yolanda Lastra*, Instituto de Investigaciones Antropológicas-UNAM

*Alfredo López Austin*, Instituto de Investigaciones Antropológicas-UNAM

*Carlos Navarrete*, Instituto de Investigaciones Antropológicas-UNAM

EDITORA

*Rosa María Ramos*, Instituto de Investigaciones Antropológicas-UNAM

*Anales de Antropología*, Vol. 34, 2000, es editada por el Instituto de Investigaciones Antropológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Ciudad Universitaria, 04510, México, D.F. ISSN -0185-1225. Certificado de Licitud de Título (en trámite), Certificado de Licitud de Contenido (en trámite), Reserva al título de Derechos de Autor (en trámite).

Se terminó de imprimir en noviembre de 2001, en *Trazo Binario*, Calle Cuatro-10, Col. Espartaco, México, D.F. Su composición se hizo en el IIA por Ada Ligia Torres Maldonado y Martha González Serrano; en ella se emplearon tipos Tiasco y Futura de 8, 9, 11 y 12 puntos. La corrección la realizaron Mercedes Mejía Sánchez, Adriana Incháustegui, Litzajaya Motta y Christian Herrera; la edición estuvo al cuidado de Juan Antonio Perujo Cano. Diseño de portada: Francisco Villanueva. Realización: Martha González Serrano. Fotografía de portada: Huipil de Santiago Tilapa (detalle), en *Artes de México*, Textiles de Oaxaca, número 35, 1996.

La edición consta de 500 ejemplares en papel cultural de 90g.

# LAS LÁPIDAS DEL MONTÍCULO J DE MONTE ALBÁN Y EL SURGIMIENTO DEL ESTADO EN LOS VALLES CENTRALES DE OAXACA

*Bernd Fahmel Beyer*

Instituto de Investigaciones Antropológicas-UNAM

*Resumen:* En este trabajo se discute la construcción del Montículo J y la iconografía de sus relieves dentro del marco del surgimiento del estado en los valles centrales de Oaxaca. Como parte del espacio arquitectónico definido por el complejo de conmemoración astronómica, este edificio permitió imbricar los aspectos horizontales y verticales de la organización política dentro de una cosmovisión que enfatizó los distintos ámbitos y ciclos de la naturaleza. La complicación que se infiere para la época II, por otra parte, no parece responder a un modelo social militarista sino a una modificación en la estructura de las relaciones sociales, misma que permitió preservar la continuidad y ampliar las relaciones con otras regiones de Mesoamérica.

*Palabras clave:* Monte Albán, estado, observatorio, cenit.

*Abstract:* This paper discusses the construction of Mound J at Monte Alban and the iconography of its reliefs within the framework of state formation in Oaxaca. As an integral part of the architectural space allotted to the astronomical commemoration complex, this building allowed its designers to place both horizontal and vertical aspects of political organization within a cosmology that emphasized distinct natural cycles. Social complexity inferred for period II, on the other hand, would not seem to respond to military action but to structural modifications which enhanced continuity and an expansion of social relationships with other Mesoamerican regions.

*Keywords:* Monte Alban, state, observatory, zenith.

El Montículo J, situado en la porción sur-central de la gran plaza de Monte Alban, es una de las construcciones más enigmáticas dentro de las tipologías

de la arquitectura prehispánica mesoamericana (Fahmel 1991: 94-101). Durante el siglo pasado mereció la atención de viajeros y exploradores ya que, a pesar de su estado arruinado, presentaba en uno de sus flancos la entrada a un espacio abovedado que Guillermo Dupaix (1834) interpretó como una tumba. En 1902 Leopoldo Batres ilustró dicho espacio, comparando su bóveda con las cubiertas de los edificios mayas de Palenque. Posteriormente apareció dentro del álbum de Constantine Rickards (1910) junto con otras fotografías que ilustran el estado en que se encontraba el sitio, cien años después de haber sido descubierto.

Dentro del proyecto de exploración y restauración de Alfonso Caso, el Montículo J fue objeto de varias intervenciones. Como señala Caso (1938; 1947), al iniciar sus excavaciones localizó numerosas losas esculpidas que habían caído de los muros del edificio original. Más aún, se contaba por aquel entonces que una explosión había destruido la porción alta del edificio. Afortunadamente el deterioro no afectó el susodicho que, después de la limpieza resultó ser un pasadizo con dos entradas y abierto hacia el cielo en su porción central. Con base en esta información Caso llegó a la conclusión de que el pasadizo debió de ser un observatorio desde donde pueden dirigirse visuales a la salida y la puesta del sol durante los solsticios. Además, indica que la “cámara” del montículo nunca estuvo techada en su totalidad, ya que sus muros suben a una altura mayor que el arranque de la bóveda y en el escombros no se encontraron losas suficientes para servir como cubierta. En el exterior del montículo se restauraron diversos cuerpos, escalinatas y alfardas que corresponden a las últimas fases constructivas, colocándose las losas esculpidas en la punta o porción trasera del edificio que pertenece al primer momento constructivo. En esta tarea hubo necesidad de intervenir con grúa debido al peso de las esculturas, lo que permite aventurar que al caer quedaron en posiciones muy cercanas a su lugar original.

Con respecto a las inscripciones, fue hasta 1947 que Alfonso Caso presentó una hipótesis redondeada sobre su significado. En su mayoría comprenden tres elementos básicos, a los que en ocasiones se agregaron columnas de jeroglíficos que el mismo autor compara con las del área maya. Los tres elementos mencionados componen una escena en la que destaca, al centro, un signo escalonado decorado con apéndices que rematan en un diseño semejante al cascabel de una serpiente (figura 1). En la parte superior se observa un signo que varía de uno a otro caso, y que pudiera ser un topónimo. Debajo del signo escalonado, que fuera interpretado como “cerro” o “lugar” se encuentra la cabeza de un personaje en posición invertida. Tomados como unidad,

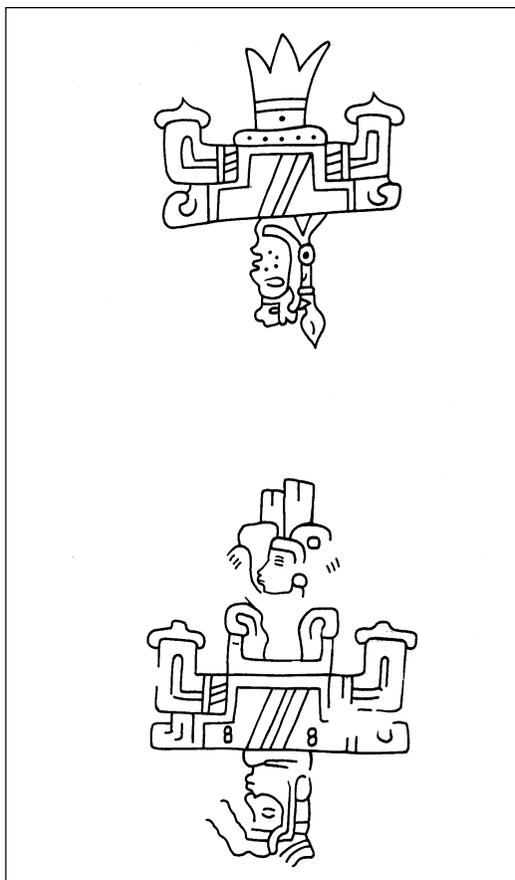


Figura 1. *Relieves grabados en las lápidas 16 y 29 del Montículo J, Monte Albán (según A. Caso, 1947).*

estos elementos sugirieron a Caso que se trataba de registros históricos relacionados con la conquista de ciertos lugares. Mas, ¿dónde se encontraban éstos y cómo es que fueron conquistados?

Durante los años ochenta dichas “Lápidas de Conquista” fueron la base para argumentar el expansionismo militar de Monte Albán durante la Época II. A raíz de sus exploraciones en la Cañada de Cuicatlan, Charles Spencer (1982) y Elsa Redmond (1983) reconocieron cierto parecido entre el glifo colonial de este sitio y el signo inciso en la Lápidas 47 (figuras 2a y b). Con los años fue creciendo la lista de las poblaciones cuyo nombre actual se asemeja a los

topónimos representados en el Montículo J (Marcus, 1983; Marcus y Flannery, 1996). Cabe cuestionar, empero, la validez de dichas analogías ya que la distancia temporal entre la manufactura de las lápidas, los documentos del siglo XVI y la toponimia actual es enorme. Como ejemplo de dicha discontinuidad se puede mencionar al mismo Cuicatlan, cuya *Relación Geográfica* (Acuña, 1984) señala que dicho nombre fue impuesto a los naturales de este pueblo por los mexicanos después de haber sido sujetos. El nombre original

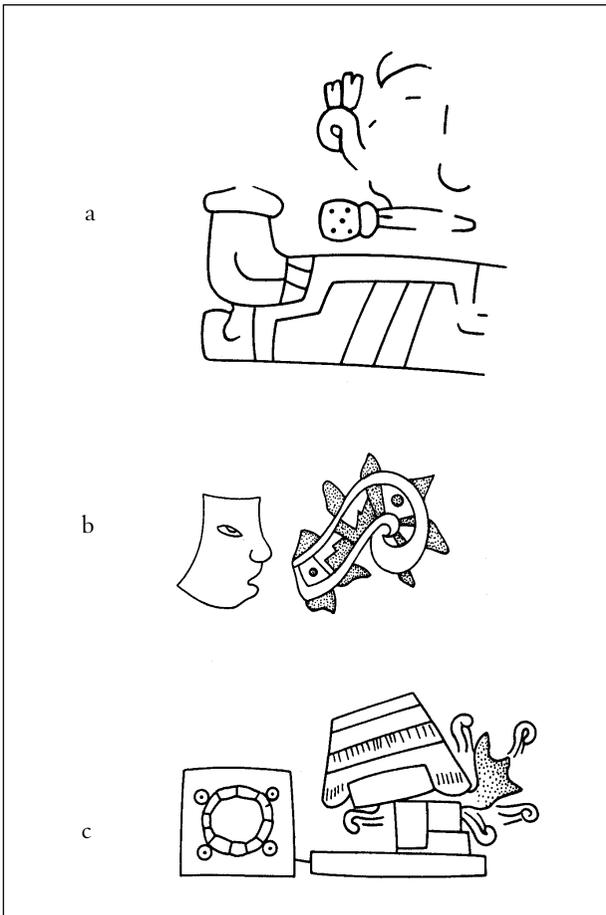


Figura 2. a) Glifo que hipotéticamente representa la conquista de la Cañada de Cuicatlan (tomado de Spencer, 1982: 30; con base en el dibujo de Caso 1947: 62); b) glifo de Cuicatlan recogido del Códice Mendoza (tomado de Spencer, 1982: 29); c) representación de un lugar conquistado según el Códice Mendoza (1938).

de Cuicatlan era *Guetrauaco*, mismo que los cuicatecos actuales traducen como “cerro del arroyo de las casas” o “las casas sobre el río” (Ojeda, 1998). Curiosamente Spencer, Redmond y sus seguidores nunca se preguntaron por qué la cabeza humana invertida debía de significar conquista, la que en el siglo XVI se indicaba mediante signos de guerra, humo y fuego (figura 2c). Una crítica a dicha interpretación habría permitido vincular, de manera exitosa, el carácter astronómico del edificio y el contenido de sus inscripciones.

Los astrónomos interesados en observatorios prehispánicos han tenido problemas para relacionar las visuales que parten del Montículo J con alguna estrella del firmamento. En 1972, Anthony Aveni y Robert Linsley propusieron la hipótesis de que la fachada del Montículo J está orientada hacia el tubo cenital que se encuentra en la escalinata de la Estructura P. Desafortunadamente no consideraron que los dos edificios cuentan con varias sobre posiciones, y que las primeras construcciones tienen otra orientación y características formales. Dichos cambios, aunados a una fecha de construcción original de 1 dC aproximadamente, también ponen en duda la relación que estos autores dieron entre ciertas estrellas y el eje antero-posterior del edificio.

Ahora bien, aparentemente la primera estructura no aguantó el peso de las grandes losas y tuvo que ser reforzada mediante contrafuertes que dieron a la planta su forma peculiar (Fahmel, 1991: 96-99). Estas modificaciones, empero, son las que afirman su carácter astronómico al asemejarla a la estructura de Caballito Blanco que John Paddock (1966) describe como observatorio solsticial. La sección abierta del pasadizo abovedado, sugiere que los astrónomos de la Época II tuvieron interés en el sol cenital y quizá también en el cielo nocturno y el nadir.

En otros trabajos sobre el diseño de los edificios que configuraron la gran plaza de Monte Albán durante la Época II hemos enfatizado la aparición de un complejo de conmemoración astronómica de tradición sureña, y su relación con el punto donde se pone el sol el día del cenit (figura 3). Sin embargo, no incluimos al Montículo J dentro de la discusión de este grupo arquitectónico, aunque la fachada de aquel está dispuesta hacia el Montículo P, y ambos están vinculados a la observación del sol. En este trabajo investigaremos por lo tanto la posibilidad de que las inscripciones que decoran al primero estén relacionadas con el eje cenit-nadir y el surgimiento del estado en Oaxaca. Esta hipótesis encuentra apoyo en otras evidencias que sugieren el arribo de gente foránea, quien por huir de las sequías que se estaban dando en las tierras bajas mayas habrían impulsado una cosmovisión más jerárquica y un nuevo orden social y político en los valles centrales de Oaxaca.

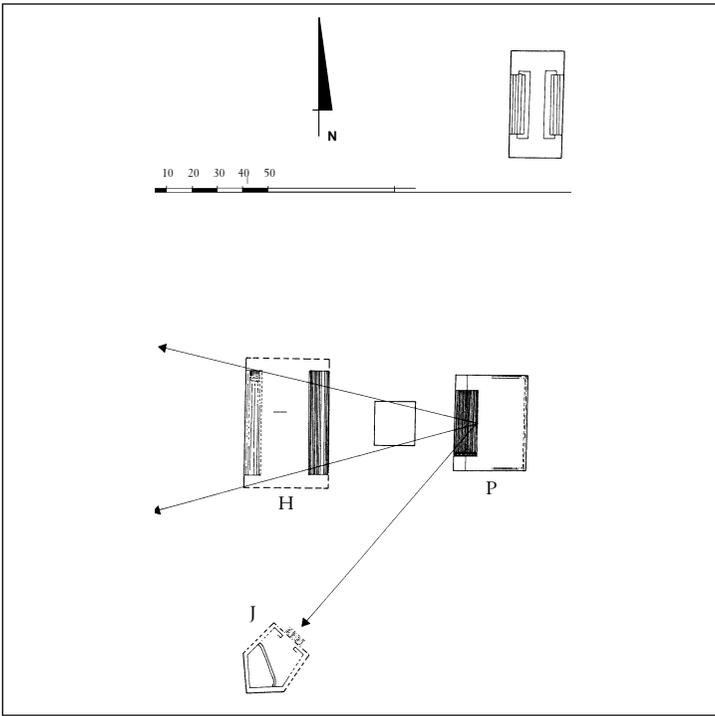


Figura 3. Bosquejo del complejo de conmemoración astronómica de Monte Albán, incluyendo al Montículo J.

### MONTE ALBÁN Y EL ESTADO

El surgimiento del Estado en la Oaxaca prehispánica ha sido el foco de atención de numerosos trabajos desde el final de los años sesenta, cuando la arqueología se comprometió con una perspectiva más antropológica (Fahmel, 1994). Antes de esto la meta de la arqueología oaxaqueña era la historia cultural, dirigida a descubrir el pasado de una región virtualmente desconocida. Los logros de estos primeros años de excavación sistemática no sólo fueron espectaculares, sino que contribuyeron sustancialmente a la construcción de un esquema evolutivo para toda Mesoamérica. Años más tarde esta enorme base de datos se tornaría en laboratorio donde comprobar las hipótesis sobre el desarrollo de la complejidad social. Desafortunadamente muchas de las nuevas propuestas incorporaron la lectura original de los materiales recuperados a principios del siglo, desacreditando el proceso de verificación de las nuevas

ideas. Más aún, los análisis recientes de carácter semiológico han revelado que muchos de esos materiales nunca fueron estudiados a fondo, por lo que se prestan a una interpretación más elaborada. Con miras a entender periodos de tiempo más breves y contextos arqueológicos específicos es posible aseverar ahora que no fue una elite altiva y militarista la que impuso las instituciones estatales en Monte Albán. Más bien parece que las lápidas del Montículo J registran la integración de los valles centrales de Oaxaca y posiblemente algunos sitios en sus alrededores a través de la cooperación de varios jefes locales, incidiendo esto en la jerarquización y el papel económico, social y político de los participantes. El Estado que se gestó alrededor del año 1dC luego se integraría al resto de Mesoamérica de forma muy activa, configurando instituciones que durante 900 años vincularon a las diversas regiones para enfrentar los retos de interés común. En el desarrollo de las culturas clásicas estas metas compartidas se perciben como algo diferente a las estrategias organizativas aplicadas al control social y ambiental de cada región, localizándose dentro del nivel que corresponde al proceso civilizatorio.

Vista desde el presente, la formación de una civilización plantea una serie de interrogantes. Con el transcurso del tiempo toda entidad política llega al punto donde la necesidad de incorporarse a los procesos mayores y la de mantener una identidad regional ponen en duda su libertad de acción. Para el arqueólogo tradicional esto no significa problema alguno, pues la descripción del registro material le brinda suficiente información para definir las normas de comportamiento que supuestamente heredaron los grupos étnicos actuales de sus ancestros. Lo que no cabe dentro de tales normas habría sido producto del intercambio o de la influencia externa, y de alguna manera también un indicador de los valores y conceptos que caracterizaron a dicha civilización. Durante los años setenta y ochenta, sin embargo, los nuevos arqueólogos empezaron a estudiar las estrategias mediante las cuales opera una sociedad. Con base en el trabajo de Kent Flannery sobre La evolución cultural de las civilizaciones (1972), elaboraron distintas críticas sobre la validez de los indicadores arqueológicos, y nuevas propuestas para diagnosticar episodios de linealización o segregación dentro de una cultura. Ahora bien, aunque tales estrategias pueden darnos acceso a la dinámica regional desde una perspectiva muy distante (Willey, 1991), también están expuestas a ser demasiado limitadas, excluyentes y contradictorias. La razón de esto se encuentra en su naturaleza lúdica, y en la manera como son codificadas y aplicadas. Pretender su comprensión cabal y valorar su beneficio relativo es una ilusión que soslaya el hecho de que son instrumentos de poder insertados

dentro de los intereses y conflictos que permean cualquier sociedad. Vincular el cambio cultural de manera directa con estos conflictos implica, por demás, un mecanicismo que desliga los distintos niveles del poder de la capacidad y libertad de involucrarse en otros procesos (Nielsen, 1995: 49). De ahí que recientemente algunos autores se inclinen por un concepto de dinámica social que recupera la pluralidad cultural y la desliga del control sectario y absoluto del conocimiento y de la información. En una situación tal, y sobre todo en las etapas tempranas de un estado, los actores sociales no habrían perdido su capacidad de intervenir en el proceso político y en las empresas que enriquecen el bien común. Lo anterior, sin embargo, no descarta la necesidad del liderazgo para salvar las contingencias que resultan de la participación en procesos de mayor escala, ni el desarrollo paulatino de una elite con proyectos contrarios a los intereses de orden menor (Krader, 1972; Claessen, 1978; Johnson y Earle, 1988; Rowlands, 1997). Por consiguiente se abren distintos campos en el estudio de las instituciones de una sociedad, cada una de las cuales habría negociado los conflictos y beneficios en los distintos niveles.

Sobre este trasfondo cabe retomar la posición crítica de Juan Vicent (1991) en cuanto a la naturaleza del conocimiento arqueológico. Según este autor, la construcción y aplicación de teorías sobre el pasado se tiene que desligar de la filosofía de la arqueología, dedicada a establecer la naturaleza última del conocimiento. Como tal, la metodología filosófica compromete la interpretación de la experiencia humana, limitando las perspectivas de la investigación arqueológica. Dicho argumento se refleja claramente en el discurso de Nicholas Rescher (1995) sobre los principios de su disciplina:

La Filosofía busca alcanzar esa integración sistemática del conocimiento que las ciencias prometieron inicialmente y que nunca entregaron debido a su creciente división del trabajo y a su inacabable búsqueda del detalle especializado. La dificultad es que los datos proporcionan una confusión de riquezas. Lo que debemos a estos datos, en última instancia, es respeto, no aceptación. La tarea es dotar de sentido a nuestros compromisos cognoscitivos discordantes e impartirles coherencia y unidad hasta donde sea posible. Esto se convierte en un asunto de poda eliminadora y limpieza en la que nuestros compromisos han sido reducidos hasta el punto en el que la consistencia es restaurada.

Pero, ¿acaso el respeto que se aduce permite comprender las manifestaciones culturales de pueblos con otra cosmovisión? Más bien parece, y Rescher estaría de acuerdo, que estos postulados convierten a la filosofía en un agente de la ley y el orden en nuestros esfuerzos cognoscitivos, y por lo tanto en un policía de nuestros pensamientos. Entonces, ¿podemos aceptar

que otros reduzcan a un cierto orden nuestro objeto de estudio mientras que intentamos investigarlo en toda su riqueza?

En su propuesta Vicent (1991: 31) argumenta a favor del desarrollo de una teoría crítica en arqueología, basada en la historicidad y el carácter socialmente determinado de la propia arqueología. Axel Nielsen (1995: 48-54), por su parte, subraya la necesidad de "...defender la posibilidad de desarrollar una teoría sobre la variedad artefactual que conciba la producción como un proceso social, que dé prioridad a las relaciones de poder en sus explicaciones y mantenga el enfoque materialista que impone la arqueología conductual al análisis de los artefactos". Tomando como base estos conceptos, una teoría crítica de la arqueología también permitiría adentrarnos en la concepción que una sociedad tuvo de su propia realidad y la manera de manifestarlas. Es decir, sería ella quien daría la pauta de cómo recuperar las redes de significado que resultaron de provecho para una colectividad, y cómo fueron plasmadas en el registro arqueológico.

El proceso que llevó a la formación del Estado comprendería, en este sentido, una serie de mapas cognoscitivos que debemos descubrir para comprender la manera en la que las innovaciones se fueron tejiendo sobre los patrones de conducta habituales. Sin embargo, como señala la mayoría de las tradiciones de Oriente, el conocimiento no es accesible a través de la contrastación de fenómenos sucesivos. Son sus aspectos alternantes, ligados como las dos caras de una moneda, los que abren el camino a la comprensión. A nivel del proceso civilizatorio, las cosmovisiones regionales se encontrarían en constante interacción, distinguiéndose ésta por impulsos de magnitud variable, recombinaciones de factores y situaciones aleatorias, mostrando periodos de aparente circularidad e involución (Sapio y Nalda, 1991: 125). Desde la perspectiva oaxaqueña, esto implicaría que los cambios detectados entre las épocas arqueológicas Monte Albán I y II no corresponden a una alternancia de formas sociales basadas en estrategias organizativas excluyentes. Más bien estaríamos observando mutaciones en el proceso acumulativo de respuestas dialécticamente ligadas, que condujeron a nuevas relaciones intra e intergrupales y formas de expresión cultural.

#### EL DESARROLLO CULTURAL TEMPRANO EN MONTE ALBÁN

La mayoría de los arqueólogos estaría de acuerdo en que Monte Albán fue fundada sobre un cerro desocupado, arriba del piso de los valles centrales de

Oaxaca, alrededor de los años 500-400 aC (Fahmel, 1994). Esta fecha, como las demás que se mencionan en este trabajo, cabe en el esquema cronológico armado para la cerámica de Monte Albán (Caso, Bernal y Acosta, 1967) y ampliado a los monumentos escultóricos y a la arquitectura de este lugar.

Durante su primera época de ocupación el sitio estuvo densamente poblado en su sector centro-norte (Blanton, 1978), quedando desocupada el área que siglos más tarde sería la gran plaza. No obstante, en el extremo suroeste de este espacio se construyó un edificio conmemorativo dedicado a numerosos personajes representados en las piedras de su revestimiento (Caso, 1947). Estos Danzantes, como se les conoce vulgarmente, llevan atributos que parecen corresponder a distintos niveles de la jerarquía dominante (Zehnder, 1977). La base económica de este cacicazgo (Spencer, 1982) parece haber sido la agricultura, aunque su localización privilegiada al centro de los tres valles ha dado pie a muchas otras hipótesis. Entre éstas, el carácter variable de las lluvias en Oaxaca sugiere que el asentamiento desempeñó un papel importante en la coordinación de la economía regional (Fahmel, 1994).

Otras construcciones de esta época se hallan en estratos profundos de la secuencia constructiva (Acosta, 1965). Asociadas a ellas se han encontrado tumbas de cajón con ofrendas cerámicas elaboradas y vasijas decoradas con figuras de dioses, conocidas como urnas funerarias. La omnipresencia del Dios reptiliano Cocijo indica vínculos estrechos con el medio ambiente y la producción de alimentos, ya que hasta la fecha este dios es conocido como el Señor del Rayo, del Viento y de los tiempos de lluvia y sequía (De la Cruz 1995; Fahmel, 1997). Con menor frecuencia se representó al dios con máscara bucal de serpiente, ligado también a la agricultura, al dios con yelmo de ave de pico ancho, que vuelve a aparecer como tocado en los braseros decorados con cabeza de tigre, y braseros con un rostro que pudiera representar al dios del fuego (figura 8).

Hacia principios de nuestra era dio inicio la Época II en los sitios mayores de los valles y en Monte Albán, junto con la introducción de elementos y conceptos traídos del sureste mesoamericano (Bernal, 1965). Entre éstos se encuentran formas y estilos cerámicos, arquitectónicos, escultóricos y epigráficos, y un concepto urbano que incluye un complejo de conmemoración astronómica en el centro del asentamiento. Arreglos constructivos semejantes se pueden encontrar en varios sitios mayas del Petén, en la Depresión Central de Chiapas e incluso en Teotihuacan (Fialko, 1988; Laporte, 1988; Fahmel, 1995). En todos estos casos, un basamento piramidal confronta a una plataforma basal larga sobre la que se encuentran tres edificios detrás de los cuales sale o se pone el sol, o alguna estrella particular, en determinados días

del año. En algunas ocasiones también se observa una cancha de juego de pelota en la que se imitaba el movimiento del sol en su trayectoria entre los dos hemisferios de la bóveda celeste (Fahmel, 1994) (Figura 3).

Ahora bien, la geografía sagrada que introdujo el complejo de conmemoración astronómica en Monte Albán implica

[...] la presencia activa de un grupo de actores sociales que manejaban un esquema espacial incorporado a una cosmovisión de tipo solar. La puesta en práctica de dicha cosmovisión, empero, debió conciliar el nuevo ideario con un concepto del tiempo ligado al Dios Cocijo y al ciclo anual definido por las estaciones de lluvia y de secas. Este concepto, por su parte, hubo de adoptar un matiz diferente al aumentar las exigencias de una población creciente y responder a un aparato administrativo con modelos económicos más ambiciosos. El parecido con otros complejos de conmemoración mesoamericanos, como el de Teotihuacan, sugiere que en estos recintos se coordinaba un sistema de producción intensivo basado en dos ciclos agrícolas complementarios, los cuales se entrelazaban con otras actividades, una organización laboral dual, itinerarios complicados y un extenso sistema de intercambio. El desarrollo de instituciones estatales, por su parte, debió centrarse en la aplicación de este esquema administrativo y en la elaboración de una red de significados que lo validara socialmente (Fahmel, *op. cit.*).

La construcción del Montículo J, por su parte, habría contribuido a estos fines y reforzado los aspectos jerárquicos de la sociedad debido a que sus características formales y el contenido de sus inscripciones parecen girar alrededor del motivo cenit-nadir. Como señalamos antes, las lápidas del Montículo J fueron interpretadas por Alfonso Caso (1947) como registros de conquista, y han sido leídas de esta manera desde entonces. Sin embargo, dicha lectura es poco clara en términos iconográficos ya que no hay signos que indiquen la destrucción de los sitios mencionados. Quienes desean significar los glifos del siglo I como los de otras regiones mesoamericanas del siglo XVI deberían contemplar con más cuidado los signos de conquista en los códices *Borgia*, *Cospi* y *Mendocino*, donde se observa un templo del que salen columnas de humo a veces atravesado por una lanza o saeta (figura 2c). Al margen de las representaciones en el Montículo J, habría que considerar también que la intrusión cultural detectada en los principales sitios de los valles (Bernal, 1950; 1965) y la construcción de grandes muros (¿defensivos?) en Monte Albán (Blanton, 1978) se contraponen a las actividades militares que supuestamente se habrían desarrollado en las fronteras del joven Estado (Spencer, 1982).

Para esta época aparecieron en Oaxaca nuevas urnas decoradas con figuras de dioses, destacando entre ellas la del Dios Viejo 5F (Caso y Bernal,

1952) (Figuras 4 y 8). Este personaje, de edad ya avanzada, lleva unas placas elípticas a los lados de su cabeza simulando orejas de jaguar, y un pectoral detenido por listones y un gran moño o nudo parecido al que portan en el pecho otras tantas esculturas de este felino (figura 5). Sobre sus ojos se encuentran unas placas semejantes en forma al signo escalonado interpretado por Caso y Bernal como “cerro” (*ibidem*). Su tocado incluye un rodete abultado, como de algodón, a manera de turbante. Al frente de éste generalmente se representaron dos puntas que dichos autores describen como moño. Clemency Coggins (1983), sin embargo, las interpreta como volutas de humo, ya que en el área maya se encuentran imágenes parecidas, como es el caso del incensario recuperado en el entierro 10 de Tikal. Según esta autora, dicha figura representa al Dios Viejo del Fuego o al Sol Viejo del Inframundo, ya



Figura 4. Urna funeraria con la imagen del Dios Viejo 5F, hallada en la tumba 1 de Loma Larga, Oaxaca.

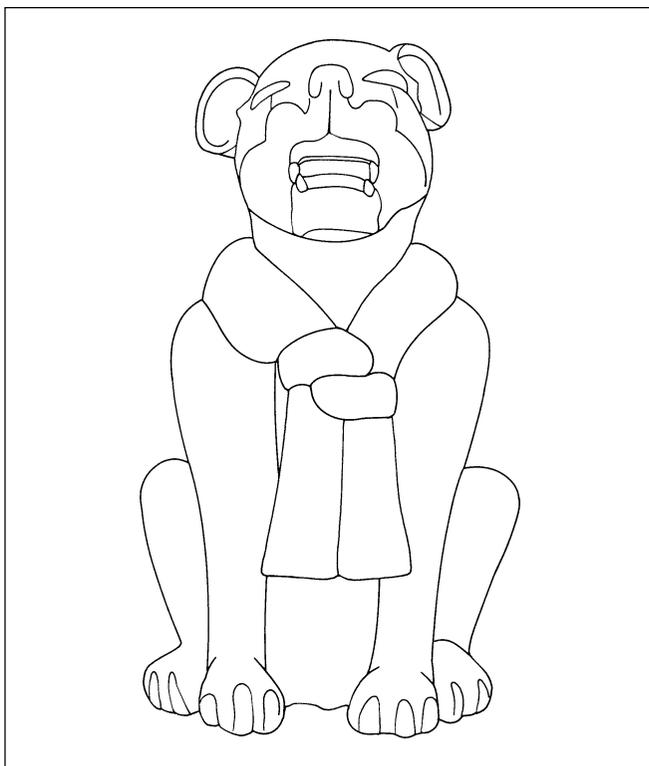


Figura 5. *Escultura cerámica de jaguar, hallada en la plataforma oeste del recinto principal de Monte Alban, Oaxaca.*

que el tubo que sale del tocado llega a emitir humo y sus orejas están cubiertas con signos *Ix* que denotan al jaguar del inframundo. Caso y Bernal (1952: 197), por su parte, se apoyan en John Eric Thompson para establecer un vínculo con el dios maya del número 7, o con *Tepeyolotl* o Corazón del Monte del panteón nahua, considerada en ambos casos como una deidad del mundo subterráneo. En las manos de la figura hallada en Tikal se observa una cabeza con características de jaguar y tiras rodeando los ojos (JC head), similar a la que se puede ver en las estelas 4, 29 y 36 de este sitio, y que parece estar asociada con el acceso al trono y al poder (Coggins, 1983). Cabe señalar que el Danzante 41 recuperado en el Montículo J de Monte Albán porta en sus manos una cabecita semejante (Caso, 1947).

Otro elemento que distingue al Dios Viejo 5F es un pico de ave angosto y encorvado que sobresale encima de su nariz, ligado a dos tiras que rodean

a los ojos, y en otros casos una gran máscara que representa la cabeza de esta ave (Caso y Bernal, 1952). Como se aprecia en la Estela Lisa de la Plataforma Sur (figura 6), dicho tocado también se estilaba como distintivo de los gobernantes hacia finales de la Época II y principios de la IIIA (Acosta, 1958-59). Más aún, en dicha representación el Señor porta otros dos tocados que tienen su contraparte en las urnas del dios con yelmo de ave de pico ancho y los braseros con cabeza de tigre y máscara de ave de pico ancho que aparecen a finales de la Época I. ¿Acaso estos númenes fueron los dioses tutelares de los señores de alto rango, identificándose éstos con el jaguar o sol nocturno y luego también con el cielo?

#### MONTE ALBÁN Y EL MONTÍCULO J

Indudablemente las cosas sucedidas en Monte Alban entre los años 400 aC y 400 dC. fueron mucho más complicadas de lo que sospechamos. Cabe recordar que en este periodo concluyó la Época I y se distribuyó el material de la Época II en los principales asentamientos de los valles (Bernal, 1965; Kowalewski, *et al.*, 1989). Además se observa el crecimiento de la ciudad (Blanton, 1978) y su infraestructura (Fahmel, 1990; 1991), y el surgimiento de instituciones que delatan la instauración de un Estado. Los edificios P, H y el Juego de Pelota, que conforman el complejo de conmemoración astronómica,

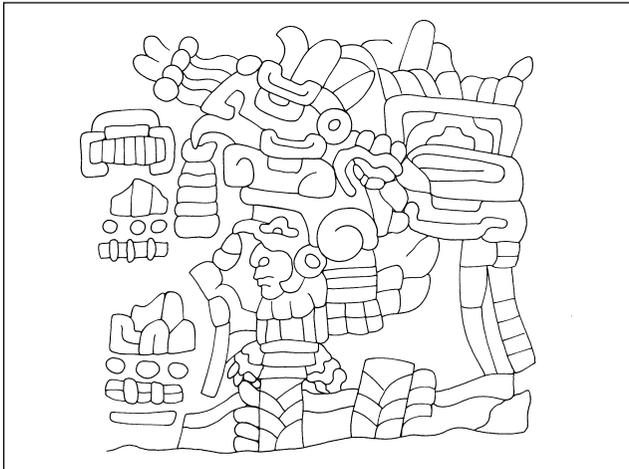


Figura 6. Detalle del grabado en la Estela Lisa de Monte Albán (según J. Acosta, 1958-59).

ocuparon la porción central de la gran plaza reflejando la importancia que tuvo el movimiento del sol para la nueva cosmovisión. El Montículo J se incorporó a este complejo en la medida que su fachada rompe con el orden establecido para las demás estructuras del recinto y se enfoca sobre el Edificio P (figura 3). Como el pasadizo que lo cruza en su porción trasera estuvo parcialmente descubierto, se ha pensado que este edificio fue un observatorio solar semejante al de Caballito Blanco en el valle de Tlacolula (Caso, 1938; 1947; Paddock, 1966). De haberse vigilado el paso del sol por el cenit, la definición del eje vertical debió conducir a la conceptualización del punto opuesto o nadir, mismo que dentro de la concepción mesoamericana postclásica era el dominio del sol nocturno y del agua contenida en los montes (Aramoni, 1990; Knab, 1991). Si los antecedentes de esta estructuración del mundo se encuentran entre las culturas del Clásico temprano, no nos sorprende que durante la Época II de Monte Albán se enfatizaran diversos elementos vinculados con el Dios Viejo 5F y el ámbito nocturno como son el jaguar, la rana y el murciélago, y que se construyeran depósitos, tinas, canales y pasadizos subterráneos en los recintos sagrados (Caso y Bernal, 1952; Fahmel, 1991; Martínez y Winter, 1994).

Ahora bien, en ausencia de elementos que sustenten la interpretación de los relieves del Montículo J como escenas de conquista, cabe la posibilidad que en ellos se mencionen individuos de alto rango relacionados con los niveles inferiores del mundo. Esta idea surge de su posición invertida, su asociación con el glifo cerro que porta sobre los ojos el Dios Viejo 5F, y el parecido de sus tocados con los que las élites acostumbraban desde la Época I (ver figura 1) (Caso, 1947: 85-90 y García Moll *et al.*, 1986). De manera similar, en la Estela 25 de Izapa se representó con la cabeza hacia abajo al ser que por lo común simboliza a la Tierra en Mesoamérica. Como se ilustra en la figura 7, este cocodrilo enraiza con sus fauces al árbol que surge de él, mientras que un apéndice da apoyo al estandarte de un señor y al ave celestial posada en él (Lee y Lowe, 1968). Durante el periodo Clásico los grandes señores del área maya registraron en sus inscripciones los cargos y hazañas de su gobierno, incluyendo entre estos el rango de *ah-po-te* o *ahau-te*, Señor Árbol. Como señores del Cielo y de la Tierra (Baudez, 1995) nos recuerdan a los gobernantes de Monte Albán que usaron como tocado la efigie del Dios Viejo 5F y el yelmo de ave de pico ancho (figura 6). ¿Acaso estos últimos apoyaron los estandartes de su gobierno en los señoríos representados en el Montículo J?

Las relaciones iconográficas entre los valles centrales de Oaxaca y la costa chiapaneca introducen una reflexión adicional, que enlaza los elementos de

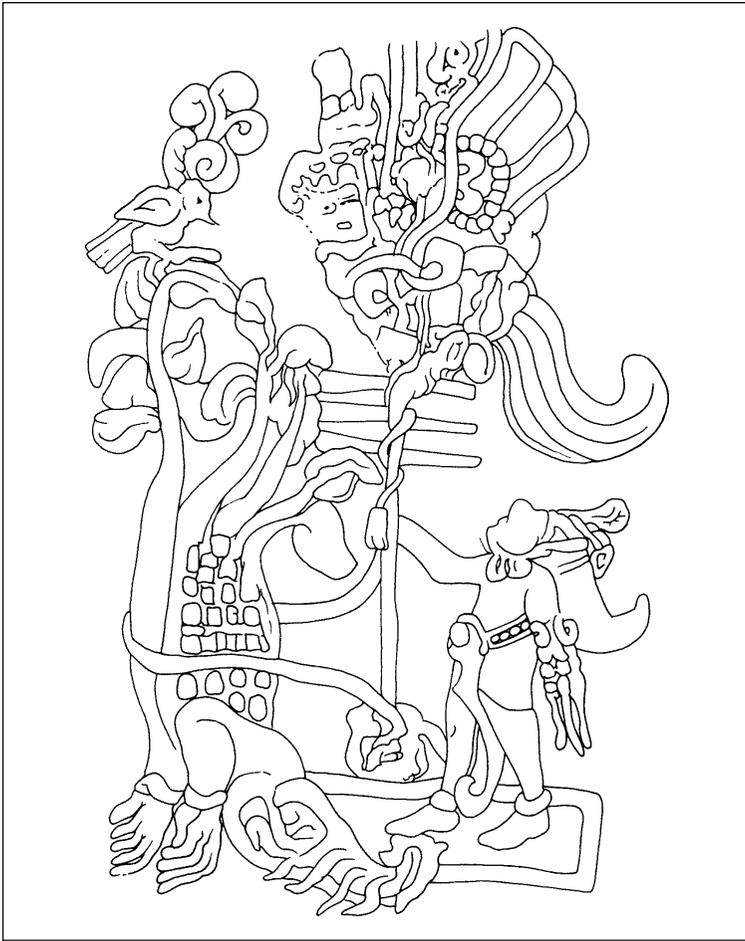


Figura 7. *Relieve grabado en la estela 25 de Izapa, Chiapas (según Th. A. Lee y G.W. Lowe, 1968).*

la cosmovisión con los urbanísticos y el medio ambiente. Según Caso y Bernal (1952), durante el Clásico el Dios del rayo Cocijó fue la deidad principal de Monte Albán. En los registros jeroglíficos su imagen representó al segundo día del calendario ritual, y con ello al concepto viento-brasa-fuego (Fahmel, 1997). Durante la Época II, sin embargo, su imagen casi desaparece del registro arqueológico, al igual que la del dios con máscara bucal de serpiente, dando entrada al Dios Viejo 5F y con éste a otras deidades afiliadas al inframundo (figura 8). Al mismo tiempo las tierras bajas mayas empezaron

a sufrir de una sequía prolongada (Gunn, Folan y Robichaux, 1995) que aparentemente condujo al abandono de asentamientos tempranos y a la emigración de sus familias gobernantes. ¿Será que algunas de ellas encontraron un ambiente más propicio en los valles centrales de Oaxaca, donde influyeron en el proceso que condujo al surgimiento del Estado? ¿Fueron sus dioses un instrumento que legitimó su presencia en territorio oaxaqueño? De ser así, ¿hubo un cambio en la dirigencia política con respecto a la época I de Monte Albán?

La escena de la Estela Lisa antes mencionada (figura 6), fechada para la época de contacto con Teotihuacan (200-550 dC) representa a un gobernante cumpliendo las funciones de representación que le eran propias. Con base en el análisis de sus tocados y el de las urnas tempranas de Monte Albán es factible pensar que el título Señor del Cielo y de la Tierra se remonte a finales de la época I (Caso y Bernal, 1952). El fuerte vínculo entre señores y dioses durante la época prehispánica, la resignificación de éstos y la promoción de otras deidades al panteón oficial sugiere, por otra parte, que al desarrollarse una cosmovisión compartida con otras regiones de Mesoamérica también se resignificaron las funciones que correspondían a los diferentes cargos públicos. El reacomodo humano, por ende, no parecería haber sido abrupto ni dado prioridad a intereses sectarios sino haber ido en función de las nuevas instituciones. Las personas más adecuadas para realizar estos cambios habrían sido los sacerdotes-chamanes, de quienes Nicholas Saunders (1983: 115-119) señala: “Cuando el chamán actúa como curandero cubre la esfera religiosa y social de una población. Al curar, el chamán refuerza y mantiene la cohesión social”. Más aún, en algunos casos

[...] la validez social de las funciones del chamán [conduce a que tengan importancia política. Esto es más que obvio en vista de que lo sagrado y lo secular están ligados inextricablemente y que los hechos de la realidad social y cultural son el resultado de la habilidad del chamán de interceder y manipular las partes que constituyen el mundo espiritual. El político es un manipulador de la circunstancia social –al controlar a los espíritus el chamán manipula el mecanismo que, por su parte, se cree que produce la circunstancia social.

Ahora bien, la relación más activa con el resto de Mesoamérica implica que los gobernantes de Monte Albán necesitaron tener las espaldas cubiertas y que para ello requirieron el apoyo de las poblaciones circundantes. Los distintos señoríos, por su parte, habrían sacado provecho de la situación al reconocer la mayor dignidad de aquella ciudad por sus vínculos con otras re-

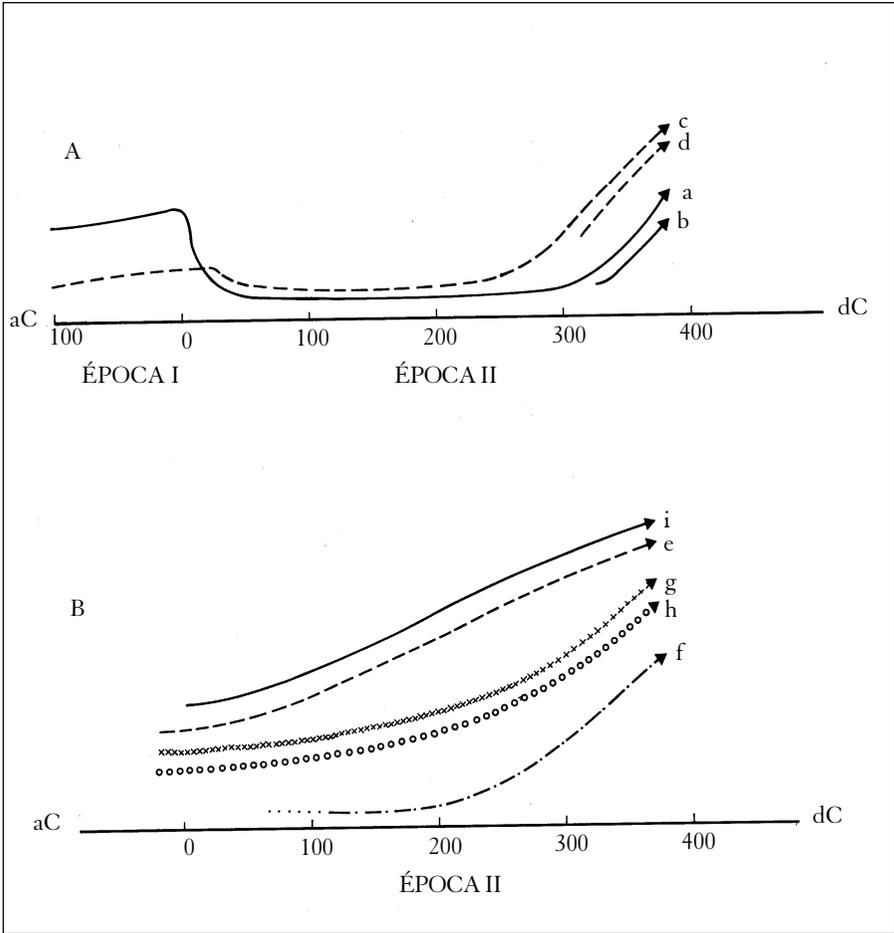


Figura 8. Esquema de los tipos de vaso figurativo que aparecen durante la Época Monte Albán I (A), y tendencias que se observan en su presencia con respecto a las representaciones que predominaron durante la Época II (B) (Según Caso y Bernal 1952).

- a. Cocijo
- b. Dios con tocado de cabeza de Cocijo
- c. Dios con máscara de serpiente
- d. Urna de acompañante
- e. Esculturas de jaguar
- f. Dios Viejo 5F
- g. Dios con tocado de ave de pico ancho
- h. Brazero con cabeza de tigre y tocado de ave de pico ancho
- i. Esculturas de murciélago

giones y pueblos situados fuera de la localidad. En dicho contexto no tiene sentido pensar en acciones militares. Los relieves del Montículo J no pueden representar *altepetl* o pueblos sometidos ya que la conquista y el rencor acumulado no habrían permitido sacar adelante un Estado que visto *a posteriori* perduró aproximadamente 900 años. El carácter religioso y plural de las nuevas instituciones debió permitir una mejor organización de la economía regional y desarrollar una cultura que estuviera de acuerdo con la red de significados que se construía a lo largo de los caminos que unían a Mesoamérica. Reflejo de esto sería la adopción de un complejo de conmemoración astronómica de tradición maya-chiapteca, que sería compartido posteriormente con Teotihuacan (Fialko, 1988). Las actividades realizadas en el Montículo J habrían apoyado la cosmovisión solar amén de conmemorar a los correligionarios que habitaban en las cercanías y apoyaban a Monte Albán. Como señala Nielsen (1995: 49-54):

[...] mediante la organización material del comportamiento humano la arquitectura condiciona físicamente las relaciones sociales, restringiendo o facilitando el acceso de los usuarios a recursos específicos, ya sea que estos se conciben como objetos, información o acciones de otras gentes [...] el análisis de ambientes construidos permite demostrar que la estructura social no constituye un marco estático y restrictivo externo a la acción, sino que se reproduce, negocia y transforma continuamente por la acción misma.

Esto es, en resumen, lo que se aprecia en el material que compone el registro arqueológico de las épocas I y II de Monte Alban, relacionado con el surgimiento del Estado en los valles centrales de Oaxaca y la consolidación de la civilización mesoamericana.

#### REFERENCIAS

ACOSTA, J.

1958-59 Exploraciones arqueológicas en Monte Albán. XVIII temporada, 1958. *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, 15: 7-50, México.

1965 Preclassic and Classic Architecture of Oaxaca. R. Wauchope (ed.), *Handbook of Middle American Indians*, 3: 814-836; University of Texas Press, Austin.

ACUÑA, R. (ED.)

1984 *Relaciones geográficas del siglo XVI: Antequera*. Universidad Nacional Autónoma de México, México.

ARAMONI BURGUETE, M. E.

- 1990 *Talokan Tata, Talokan Nana: hierofanías y testimonios de un mundo indígena*. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México.

AVENI, A. F. Y R. M. LINSLEY

- 1972 Mound J, Monte Albán: Possible Astronomical Orientation. *American Antiquity* 37, (4): 528-531.

BATRES, L.

- 1902 *Exploraciones de Monte Albán*. Editorial Gante, México.

BAUDEZ, C. F.

- 1995 El espacio del rey maya en el periodo Clásico. *Trace*, 28: 29-52.

BERNAL, I.

- 1950 The Q Complex as seen from Monte Alban. *Mesoamerican Notes*, 2: 87-93.  
 1965 Archaeological Synthesis of Oaxaca. R. Wauchope (ed.), *Handbook of Middle American Indians*, 3: 788-813, University of Texas Press, Austin.

BLANTON, R. E.

- 1978 *Monte Alban. Settlement Patterns at the Ancient Zapotec Capital*. Academic Press, New York.

CASO, A.

- 1938 *Exploraciones en Oaxaca. Quinta y Sexta Temporada 1936-1937*. Publicación núm. 34, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México.  
 1947 *Calendario y escritura de las antiguas culturas de Monte Albán*. México.

CASO, A. E I. BERNAL

- 1952 *Urnas de Oaxaca*. Memoria núm.2, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

CASO, A., I. BERNAL Y J. ACOSTA

- 1967 *La Cerámica de Monte Albán*. Memoria núm.13, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

CLAESSEN, H. J. M.

- 1978 The Early State: A Structural Approach. H. J. M. Claessen y P. Skalnik (eds.), *The Early State*, Mouton Publishers, La Haya: 533-596.

## CODEX MENDOZA

- 1938 The Mexican Manuscript known as the Collection of Mendoza. Editado y traducido por J. Cooper Clark, Waterlow y Sons Ltd., Londres.

## COGGINS, C.

- 1983 An Instrument of Expansion: Monte Alban, Teotihuacan, and Tikal. A.G. Miller (ed.), *Highland-Lowland Interaction in Mesoamerica: Interdisciplinary Approaches*, Dumbarton Oaks Research Library and Collection, Washington D.C.: 49-68.

## CRUZ, V. DE LA

- 1995 Los nombres de los días en el calendario zapoteco piye en comparación con el calendario nahua. *Estudios de Cultura Náhuatl*, 25: 149-176, México.

## DUPAIX, G.

- 1834 *Antiquites Mexicaines*. Bureau des Antiquites Mexicaines, París.

## FAHMEL BEYER, B.

- 1990 *Monte Albán. Integración en una ciudad plural*. Tesis doctoral, Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- 1991 *La Arquitectura de Monte Albán*. Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- 1994 El Estado durante la época Monte Albán II. *Anales de Antropología*, 31: 91-103.
- 1995 *En el cruce de caminos. Bases de la relación entre Monte Alban y Teotihuacan*. Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- 1997 Anotaciones sobre el segundo día viento-brasa-fuego del calendario ritual de Monte Albán. Salvador Rueda Smithers, Constanza Vega Sosa y Rodrigo Martínez Baracs (eds.), *Códices y documentos sobre México. Segundo Simposio*, 1: 155-172, Instituto Nacional de Antropología e Historia y Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México.

## FIALKO, V.

- 1988 Mundo perdido, Tikal: un ejemplo de complejos de conmemoración astronómica. *Mayab*, 4: 13-21.

## FLANNERY, K.V.

- 1972 The Cultural Evolution of Civilizations. *Review of Ecology and Systematics*, 3: 399-426.

## GARCÍA MOLL, R., D. W. PATTERSON BROWN Y M. C. WINTER

- 1986 Monumentos Escultóricos de Monte Albán. *Kava Materialien zur allgemeinen und vergleichenden Archaeologie Band 37*, Verlag C.H. Beck, Muenchen.

- GUNN, J. D., W. J. FOLAN & H. R. ROBICHAUX  
 1995 A Landscape Analysis of the Candelaria Watershed in Mexico: Insights into Paleoclimates Affecting Upland Horticulture in the Southern Yucatan Peninsula Semi-Karst. *Geoarchaeology*, 10 (1): 3-42.
- JOHNSON, A.W. Y T. EARLE  
 1988 *The Evolution of Human Societies. From Foraging Group to Agrarian State*. Stanford University Press, Stanford, California.
- KNAB, T.  
 1991 Geografía del Inframundo. *Estudios de Cultura Nahuatl*, 21: 31-57.
- KOWALEWSKI, S. A., G. M. FEINMAN, L. FINSTEN, R. E. BLANTON Y L. M. NICHOLAS  
 1989 *Monte Alban's Hinterland, Part II. Prehispanic settlement patterns in Tlacolula, Etla, and Ocotlan, the valley of Oaxaca, Mexico*. Memoirs of the Museum of Anthropology no.23, University of Michigan, Ann Arbor.
- KRADER, L.  
 1972 *La formación del estado*. Editorial Labor, Barcelona.
- LAPORTE, J. P.  
 1988 *Grupo 6C-xvi, Tikal, Petén, Guatemala. Alternativas del Clásico temprano en la relación Tikal-Teotihuacan*. Tesis doctoral, Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- LEE, TH. A. JR. Y G.W. LOWE  
 1968 *Situación arqueológica de las esculturas de Izapa*. Editorial Dr. Rodolfo Figuero, Sección 40 del SNTE, Tuxtla Gutiérrez, México.
- MARCUS, J.  
 1983 The Conquest Slabs of Building J, Monte Alban. K.V. Flannery and J. Marcus (eds.), *The Cloud People*, Academic Press, Londres: 106-108.
- MARCUS, J. Y K. V. FLANNERY  
 1996 *Zapotec Civilization*. Thames and Hudson, Londres.
- MARTÍNEZ LÓPEZ C. Y M. C. WINTER  
 1994 *Figurillas y silbatos de cerámica de Monte Albán*. Contribución núm. 5, Proyecto Especial Monte Albán 1992-1994, Oaxaca, México.

NIELSEN, A. E.

- 1995 Architectural Performance and the Reproduction of Social Power. J. M. Skibo, W. H. Walker and A. E. Nielsen (eds.), *Expanding Archaeology*, University of Utah Press, Salt Lake City: 47-66.

OJEDA DÍAZ, A. (INVESTIG.)

- 1998 *Códice Porfirio Díaz (Códices Mexicanos)*. Coedición del Instituto Nacional de Antropología e Historia, Fomento Cultural Banamex y el Instituto Oaxaqueño de Cultura, México.

PADDOCK, J.

- 1966 *Ancient Oaxaca*. Stanford University Press, California.

REDMOND, E. M.

- 1983 *A fuego y sangre: Early Zapotec Imperialism in the Cuicatlan Cañada, Oaxaca*. *Memoirs of the Museum of Anthropology* 16, University of Michigan, Ann Arbor.

RESCHER, N.

- 1995 La tarea de la filosofía. *La lucha de los sistemas*, Universidad Nacional Autónoma de México, México: 31-36.

RICKARDS, C. G.

- 1910 *The ruins of Mexico*. H. E. Shrimpton, Londres.

ROWLANDS, M.

- 1997 *Teoría de la arqueología: tendencias recientes e implicaciones futuras*. Manuscrito, trabajo leído en el Museo Nacional de Antropología, México.

SAPIO, G. Y E. NALDA

- 1991 Algunas consideraciones sobre el origen del Estado, *Homenaje a Julio César Olivé Negrete*, Universidad Nacional Autónoma de México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Colegio Mexicano de Antropólogos A.C., México: 113-131.

SAUNDERS, N.

- 1983 The Social Context of Shamanism. *Anales de Antropología*, 20, Instituto de Investigaciones Antropológicas-Universidad Nacional Autónoma de México, México: 111-128.

SPENCER, CH. S.

- 1982 *The Cuicatlan Cañada and Monte Alban*. Academic Press, New York.

VICENT, J.

1991 Arqueología y filosofía: la teoría crítica. *Trabajos de Prehistoria*, 48: 29-36.

WILLEY, G. R.

1991 Horizontal Integration and Regional Diversity: An Alternating Process in the Rise of Civilizations. *American Antiquity*, 56 (2): 197-215.

ZEHNDER, W. L.

1977 Los danzantes de Monte Albán. Tesis doctoral, Universidad Nacional Autónoma de México, México.